

ticas y buscar todos los medios á propósito para aliviar los males de este pueblo generoso que acaba de darme una prueba tan manifiesta de su confianza. (*¡Muy bien!, ¡muy bien!*)

»La mayoría que he obtenido, no sólo me llena de gratitud, sino que dará también al gobierno la fuerza moral sin la cual no hay autoridad.

»Con paz y orden, nuestro país puede levantarse, curar sus heridas, atraer á los hombres extraviados, calmar las pasiones.

»Animado de este espíritu de conciliación, he llamado á mi lado á hombres de reconocida honradez y capacidad, amantes del país, seguro de que, á pesar de las diversidades de origen político, están acordes para concurrir con vosotros á la aplicación de la Constitución, al perfeccionamiento de las leyes, á la gloria de la República. (*Aprobación.*)

»La nueva administración, al entrar en funciones, debe dar las gracias á la precedente por los esfuerzos que ha hecho para transmitir el poder intacto y mantener la tranquilidad pública.

»La conducta del honorable general Cavaignac ha

sido digna de la lealtad de su carácter y de ese sentimiento del deber, que es la primera cualidad de un jefe de Estado.

»Tenemos, ciudadanos representantes, una gran misión que cumplir, y es la de fundar una República en interés de todos y un gobierno justo y firme, que esté animado de un sincero amor al país sin ser reaccionario ni utopista. (*¡Muy bien!*)

»Seamos los hombres del país, y no los hombres de un partido, y, Dios mediante, haremos siquiera el bien, si no podemos hacer grandes cosas.»

Este lenguaje lleno de mesura pareció tranquilizador para el porvenir y fué escuchado con benevolencia. Terminada la ceremonia de instalación, Luis Bonaparte, acompañado de los individuos que constituían la mesa y de algunos amigos, abandonó el salón de sesiones y se dirigió hacia el palacio del Eliseo, que le estaba designado para residencia. De él no había de salir hasta tres años más tarde para instalarse en el palacio de las Tullerías, y, como dice Tácito hablando de Augusto, para «reinar bajo el nombre de *príncipe*,» hasta tomar el título de *emperador*.

## LIBRO UNDÉCIMO

EL 29 DE ENERO

SUMARIO: I.—Situación de Luis Bonaparte: la necesidad le dicta la elección de sus consejeros: llamamiento hecho á los diputados de la antigua oposición dinástica: Odilón Barrot, presidente del consejo: sus antecedentes, su carácter; Bixio, en el gabinete, es el único representante de la política republicana; un legitimista, el Sr. de Falloux, llamado al ministerio de Instrucción pública: nombramientos para los grandes cargos públicos: el general Changarnier; el mariscal Bugeaud; el coronel Rebillot; Baroche.—Comunicación de los autos de Bolofia: incidente: retirada de Malleville y de Bixio: este incidente revela el carácter del príncipe.

II (*Extracto del texto de La Gorce*).—El ministerio enfrente de la Asamblea: previsiones de Molé; mala voluntad de la Asamblea respecto al gobierno: causa de esta mala voluntad; guerra de escaramuzas; debates irritantes; mayoría precaria y contestada; tentativas para indisponer al presidente con sus consejeros; patriótico lenguaje de Barrot.—El conflicto no puede terminar sino con la disolución de la Asamblea; sentir del país: la *proposición Rateau* traduce este sentir; informe de Grévy; discurso de Montalembert: voto de la toma en consideración.

III.—El ministerio enfrente del partido demagógico: la *Solidaridad republicana*; los clubs; agitación: espíritu de la guardia móvil.—León Faucher, ministro del Interior; su carácter: medidas tomadas con la *Solidaridad republicana*: resolución relativa á la guardia móvil; proyecto de decreto sobre los clubs; objeciones que este último decreto suscita en la Asamblea; Sénard: su informe; es desechada la urgencia: se pide la acusación del ministerio.—Disposiciones amenazadoras para la tranquilidad pública; actitud sediciosa de la guardia móvil.—El 29 de enero: formidable aparato militar desplegado en París: este aparato intimida á los facciosos; susceptibilidad del presidente de la Asamblea; explicaciones de Barrot; irritación de la extrema izquierda.—Voto de la proposición Rateau.

### I

Todo jefe nuevo, en una República, llega ordinariamente al poder bajo los auspicios de un partido; y este partido, después del triunfo, es naturalmente llamado á la dirección de los negocios del Estado. Pero Luis Bonaparte no se encontraba en tales condiciones. Su elección había sido el resultado de un irresistible movimiento popular; y el pueblo da los sufragios, pero no un personal de gobierno. Los antiguos servidores del Imperio habían muerto ó se habían pasado desde hacía mucho tiempo á la monarquía constitucional: en cuanto á los amigos particulares del príncipe, eran demasiado nuevos y desconocidos para que la opinión los tomara en serio ó para que la Asamblea los aceptara. En aquella situación excepcional, el presidente no podía esperar encontrar en sus consejeros sostenes adictos á su persona ó intérpretes dóciles de su voluntad. Hasta que el tiempo y sus propios esfuerzos le hubiesen creado un partido, toda su ambición había de reducirse á tomar por ministros personajes bien vistos por la opinión, apreciados por el Parlamento y no muy desdeñosos de su persona. En este orden de ideas, modesto y en armonía con su fortuna naciente, la política dictaba de un modo muy claro la elección de hombres que convenía hacer ó evitar. Llamar á los antiguos conservadores, era dar una garantía prematura al espíritu de reacción. Solicitar el concurso de los jefes parlamentarios, tales como Thiers y Molé, era exponerse á humillantes negativas y someterse, en todo caso, á una tutela demasiado incómoda. Buscar los ministros fuera de la representación nacional era una temeridad demasiado audaz todavía. Acudir á los republicanos, era en-

tregarse en manos del general Cavaignac. Descartadas todas estas combinaciones, sólo quedaba un partido que no se había comprometido bajo el gobierno último, ni gastado desde el 24 de febrero, y era el de la oposición dinástica. Desde el momento que tuvo su elección asegurada, Luis Bonaparte resolvió agrupar este partido en torno suyo.

Odilón Barrot fué llamado á la presidencia del consejo, con el título y el cargo de guardasellos. Esta designación era feliz y hábil. Barrot era uno de esos personajes que no inspiran simpatías muy vivas ni odios muy acentuados, y que convienen mucho en épocas de miramientos y de transición. Su liberalismo, algo vago y fluctuante, era el de la burguesía de entonces. Lo austero de sus costumbres, su probidad incontestada, su elocuencia amplia y soberbia, su notoriedad ya antigua hacían de él un jefe de gabinete presentable á Francia y á Europa sin causar sorpresa ni desdén. A la verdad, sus detractores, acordándose del 24 de febrero, se complacían en recordar que Barrot era muy bueno para derribar á los gobiernos á quienes tenía cariño; pero el príncipe estaba resuelto á no guardar su ministro el tiempo bastante para dejarle ejercer aquella peligrosa facultad. Aunque siempre había permanecido ajeno y como hostil á las intrigas napoleónicas, Barrot estaba unido á los Bonaparte por antiguos lazos. Había sostenido, como abogado, los intereses de algunos de los miembros de esta familia: Luis Bonaparte, después de la intentona de Estrasburgo, había pensado tomarlo como defensor y en 1840 le había visto en Londres; finalmente, durante el año que acababa de transcurrir, el antiguo jefe de la izquierda dinástica había tenido algún trato con el presidente por mediación de Persi-

gny (1). Estas relaciones dejaban esperar que, á pesar de la profunda divergencia de caracteres y designios, se establecería entre el presidente y su principal consejero una inteligencia, al menos pasajera, provechosa para la paz del país.

La oposición dinástica que proporcionó al ministerio un jefe le proporcionó también sus colaboradores más importantes. Drouyn de Lhuys, sucesivamente secretario de embajada en Madrid y director de negocios comerciales, y destituido más tarde por Guizot, recibió la cartera de Relaciones exteriores. Malleville, ex vicepresidente de la Cámara de diputados, ex subsecretario de Estado en el gabinete de 1.º de marzo, conocido por su oposición á los doctrinarios y activamente mezclado, el año precedente, en la campaña de los banquetes, fué llamado al ministerio del Interior. El general Rulhière fué ministro de la Guerra. Los ministerios de Marina, Hacienda y Obras públicas fueron confiados respectivamente á Tracy, Hipólito Passy y León Faucher, antiguos miembros de la izquierda ó del tercer partido. En la lista, sólo dos nombres sobresalían con una significación diferente; por una parte Bixio, ministro de Comercio, adicto al partido republicano, y por otra parte el ministro de Instrucción pública, señor de Falloux, no menos adicto al partido legitimista. En el seno del gobierno, estos dos personajes parecían destinados á servir de lazo de unión, el primero con el partido democrático y el segundo con la derecha de la Asamblea. La entrada de Falloux en el consejo, tenía además otra significación. Indicado al presidente por Persigny, había de ser en el gabinete el órgano de los católicos que reclamaban la libertad de enseñanza. Para adelantar el momento de esta ansiada reforma, el señor de Falloux, cediendo á instancias de Montalembert, de Molé, del Padre Ravignán y sobre todo del abate Dupanloup, consintió en entrar en un ministerio en que su partido no tenía más representante que él.

Se observó que el nuevo gabinete era, á excepción de dos ministros, el que Luis Felipe hubiera escogido el 24 de febrero, si la Revolución no se le hubiese adelantado. La semejanza era, sin embargo, más aparente que real. El primer ministerio de Luis Napoleón, aunque perteneciente al antiguo partido liberal, había de ser un ministerio, no de concesión, sino de resistencia y casi de combate. La designación de personal para los cargos públicos más importantes no dejó la menor duda sobre esto. El general Changarnier, conocido por la enérgica represión del 16 de abril, fué nombrado comandante en jefe de la guardia nacional y de las tropas de la primera división militar. Este doble mando, reunido en un mismo individuo contra lo dispuesto por la ley (2), probaba la voluntad de asegurar, en caso de motín, la unidad de acción. Al general Bugeaud le fué conferido el mando del ejército de los Alpes: su cuartel general había de establecerse en Lyon, y aquel ejército parecía menos destinado á una guerra exterior que á la represión de disturbios interiores. La prefectura de policía fué confiada á un coronel de la gendarmería, Sr. Rebi-

(1) Barrot, *Mémoires*, tomo III, págs. 31 y siguientes.

(2) El artículo 67 de la ley de 1831 sobre la guardia nacional decía: «Ningún oficial que ejerza un empleo activo en los ejércitos de tierra ó de mar podrá ser nombrado oficial ni comandante superior de la guardia nacional en servicio ordinario.»

llet. Baroche, que había desplegado en la Asamblea nacional mucho celo por la causa del orden, fué investido de las funciones de procurador general en París. Estos decretos revelaban el espíritu de la nueva administración.

Tanto por su temperamento como por la naturaleza de su poder, el presidente tendía á destruir todas las antiguas ficciones constitucionales. Un incidente vino pronto á revelar aquella resolución audaz y tímida á la vez, desorientando toda observación con sus avances ó retrocesos bruscos. Ya por desdén hacia su jefe, ya por resabios de la monarquía, los ministros habían tomado desde luego la costumbre de deliberar entre sí y recibir directamente los dictámenes; además, habiendo pedido el príncipe los expedientes de las intenciones de Bolonia y Estrasburgo al Sr. de Malleville, éste contestó que dicha documentación se hallaba bajo su custodia en los archivos públicos y sólo podían ser consultados en los mismos archivos. Luis Bonaparte no se mostró desde luego ofendido por el aislamiento en que se le tenía, ni de la negativa opuesta á sus reclamaciones. Pero de pronto, el 27 de diciembre, sin que nada hubiese hecho adivinar su intención, escribió al ministro del Interior la carta siguiente:

«Señor ministro:

»He preguntado al señor prefecto de policía si recibía alguna vez informes sobre la diplomacia; me ha contestado afirmativamente, añadiendo que os remitió ayer copias de un despacho sobre Italia. Como comprendéis, esos despachos deben serme enviados directamente, y he de manifestaros todo mi desagrado por el retraso con que me los comunicáis.

»Os ruego también que me enviéis los diez y seis legajos que os pedí; quiero tenerlos el jueves. No quiero tampoco que el ministro del Interior pretenda redactar los artículos que me son personales. Esto no se hacía en tiempo de Luis Felipe, y no debe ser.

»También hace días que no recibo partes telegráficas; en resumen, observo que los ministros que he nombrado quieren tratarme como si la famosa Constitución de Sieyès estuviese en vigor, pero no lo consentiré.

LUIS NAPOLEÓN BONAPARTE.»

Sorprendidos por este lenguaje, los ministros, uniendo su suerte á la de su colega, presentaron su dimisión. El amor propio no impedía al príncipe retroceder cuando se había adelantado demasiado. Afectó gran asombro, manifestó que no había tenido intención de ofender á nadie, protestó de su deferencia para con sus consejeros y hasta se dijo que se brindó á excusarse con el Sr. de Malleville. En vista de estas explicaciones, los ministros retiraron su dimisión. Malleville fué el único que persistió en su resolución, y con él se retiró Bixio (3). Dos ministros nuevos entraron en el gabinete: un joven representante, poco conocido todavía, pero dotado de talento y de carácter, el Sr. Buffet, recibió la cartera de Comercio; el Sr. Lacrosse, vicepresidente de la Asamblea, reemplazó en Obras públicas á León Faucher, que tomó la sucesión de Malleville en el ministerio del Interior. Este último nombramiento era des-

(3) O. Barrot, *Mémoires*, tomo III, págs. 52, 53, 408 y 499.

acertado. Economista distinguido, hombre de elevada inteligencia y de un carácter tan valeroso como leal, León Faucher echaba á perder estas preciosas cualidades con la aspereza de sus formas. Era de esos que se complacen en agravar con sus provocaciones de lenguaje los rigores necesarios de la política. Tal disposición de ánimo, que hubiera podido pasar inadvertida en un

sa de conservar su autoridad sin límites, y el presidente, no menos celoso de sus prerrogativas. En presencia de este inevitable conflicto, proponía que se completase desde luego la obra constitucional, á fin de que la representación nacional pudiese desaparecer de la escena política el mismo día en que entrase en ella el nuevo jefe del Estado (1). Esta proposición no fué atendida.



Luis Napoleón Bonaparte, presidente de la República  
Retrato dibujado del natural existente en el Palacio del Elíseo de París

ministro de Obras públicas, era muy peligrosa en un ministro del Interior. El mismo León Faucher lo comprendía así, y fueron necesarias las instancias apremiantes de sus colegas para hacerle aceptar la pesada carga.

## II

El nuevo ministro tenía una ruda tarea que desempeñar. Había de luchar contra la mala voluntad de la Asamblea y combatir la audacia renaciente de las facciones anárquicas.

El 26 de octubre, Molé, pidiendo que la elección presidencial fuese aplazada hasta después del voto de las leyes orgánicas, había señalado la rivalidad que no dejaría de surgir entre la Asamblea constituyente, celo-

La Asamblea se negó á aplazar la elección presidencial; para afirmar su duración, se contentó con incluir en su orden del día las leyes orgánicas, cuyo número fué, algo más tarde, fijado en diez. Pero los acontecimientos se encargaron de justificar la previsión de Molé.

El escrutinio del 10 de diciembre no había terminado, y ya la Asamblea estaba celosa de aquel poder paralelo al suyo y, como el suyo, emanante del sufragio popular. Hasta entonces se había considerado como la única autoridad legal, de la cual emanaba todo poder, y la idea de una división de atribuciones le parecía un atentado á su propia soberanía. Lo que aumentaba su irritación es que comprendía perfectamente que aquel

(1) *Monitor* de 1848, pág. 2986.

nuevo poder estaba llamado á sobrevivirle y á anunciarle sin duda su última hora. A estas causas generales de antagonismo se añadía para muchos representantes el pesar de haber dado á la institución de la presidencia un origen que comprometía á la República. Recordaban, no sin ansiedad, las graves palabras pronunciadas recientemente por Grévy y Parieu: y las recordaban con tanta mayor inquietud cuanto que el elegido del pueblo no era, como hubieran deseado, el íntegro Cavaignac, sino Luis Bonaparte. Los hombres más inteligentes y perspicaces veían con aprensión aquella naciente hostilidad de la representación nacional contra el poder ejecutivo. Lo que agravaba sus temores era que entre las dos potencias rivales no había lugar á arbitraje ni á mediación alguna. El presidente podía invitar á la Asamblea á que se separase, pero no podía disolverla: la Asamblea, por su parte, no podía destituir ni suspender al presidente. No había medio legal de prevenir ó apaciguar el conflicto.

Bajo tan lastimosos auspicios se presentaron ante la Asamblea Odilón Barrot y sus colegas, y quedaron asombrados del cambio que en pocos días se había operado en parte de la representación nacional. Esta Asamblea, hasta entonces sujeta sin duda al error, pero patriótica, digna y desinteresada, se había vuelto de pronto nerviosa, quisquillosa, desconfiada, descontenta de sí misma y de los demás. Sentía la necesidad de su fin próximo y no podía resignarse á morir: en su despecho, se rebelaba contra las instituciones que había creado, como una madre que después de haber dado á luz un hijo se irritase de que este hijo iba á sucederla.

Cada medida tomada por el gobierno, cada proyecto de ley, cada accidente de la política corriente proporcionó á aquel espíritu de hostilidad una ocasión de revelarse. La *Montaña* tomó la iniciativa del ataque: encontró aliados en una parte de la izquierda; y el ministerio, agrupando en torno suyo la derecha y los republicanos más moderados, no reunía generalmente más que una mayoría precaria y contestada.

Aquellas luchas, tan pronto simples escaramuzas como verdaderas batallas, se renovaban casi cada día. El 26 de diciembre, Ledru-Rollín interpelló al ministerio sobre el doble mando conferido contra ley al general Changarnier. El día siguiente, la Asamblea, deseosa de exceder al gobierno en popularidad, votó por 403 votos contra 360, á pesar de la oposición del ministerio de Hacienda y á pesar de la penuria del tesoro, una ley que, á partir de 1.º de enero de 1849, rebajaba el impuesto de la sal de 30 á 10 francos por cada 100 kilogramos. El 30 de diciembre, Teodoro Bac recordó ciertas promesas de amnistía que el presidente había formulado antes de su elección, y en nombre de sus colegas de la extrema izquierda preguntó al gabinete si contaba hacer honor á los compromisos del jefe del Estado ó si le convenía dejarlos protestar. El 4 de enero, un grave incidente promovió una verdadera tempestad. El Sr. de Falloux acababa de retirar un proyecto de ley sobre instrucción primaria presentado por uno de sus predecesores, el Sr. Carnot: al mismo tiempo, á fin de marcar bien su solicitud por esta clase de cuestiones, había instituido en el ministerio dos comisiones, una para preparar un proyecto de ley sobre enseñanza primaria, y la otra para preparar uno sobre la segunda

enseñanza. Estas dos comisiones, creadas en el espíritu más amplio y compuestas de hombres pertenecientes á todos los partidos, parecían desafiar toda crítica. Era tal la delicadeza de los representantes, que consideraron como una injuria la retirada del proyecto Carnot. Odilón Barrot se vió obligado á subir á la tribuna para reivindicar la prerrogativa ministerial. Su grave palabra restableció un poco de calma. Pero habiendo preguntado Falloux, no sin ironía, si la Asamblea contaba seriamente hacer por sí misma la ley de enseñanza, esta alusión á un fin próximo provocó un nuevo tumulto. La orden del día, á la verdad, fué votada por 442 votos contra 302: sin embargo, la Asamblea, tanto más deseosa de afirmar su duración cuanto más era esta duración contestada, nombró el día siguiente una comisión parlamentaria independiente de las comisiones ministeriales.

En semejantes disposiciones, todo contribuía á agravar las desconfianzas. El príncipe Jerónimo Bonaparte, ex rey de Vestfalia, había sido nombrado gobernador de los Inválidos, y el día de su instalación, algunos gritos de «¡viva el emperador!» habían salido de boca de aquellos veteranos: en seguida el representante Froussart subió á la tribuna para quejarse de que aquellos gritos sediciosos no hubiesen sido inmediatamente reprimidos. La Asamblea reanudaba por su cuenta el examen de los proyectos presentados por los anteriores ministerios y retirados por los nuevos ministros. No se perdonaba medio de lucha alguno. Hubo un momento en que la izquierda concibió la esperanza de indisponer á sus ministros con el presidente de la República y de convertirlo en dócil instrumento en sus manos. No puede atribuirse á otro cálculo el lenguaje de Dupont de Bus-sac, que insistiendo sobre el incidente de los expedientes de Boloña, reprochó á Malleville y á sus colegas el haber rehusado á Luis Napoleón la comunicación que pedía. Más claro y preciso, Julio Favre no se contentó con indirectas, sino que invitó al gobierno á que se separase de unos hombres «que no pensaban más que en desacreditar al pueblo, y se apoyase en la Francia republicana, democrática y honrada (1).» No habiendo sido acogidas estas insinuaciones en el Eliseo, los ataques se generalizaron, extendiéndose al príncipe y á sus consejeros.

Testigo apesadumbrado de aquellas divisiones que desacreditaban á la República con el pretexto de servirla, Odilón Barrot se esforzaba en recomendar á los representantes que tuviesen dignidad. Su lenguaje patriótico obtenía una adhesión bastante general, pero sin determinar un duradero cambio de conducta.

Aquel conflicto sólo podía acabar con la disolución de la Asamblea. Pero el gobierno no tenía el derecho de provocar esta disolución. Afortunadamente le ayudó el país. Al sufragio universal le gusta que se confien espontáneamente á él. Cuanto más afirmaban los representantes su importancia, menos caso se les hacía; cuanto más se resistían á morir, más la nación les repetía que llegaba para ellos la última hora. A fines de diciembre mostróse claramente una opinión que se resumía así: «Al votar la Constitución, la Asamblea ha terminado su mandato y es preciso que desaparezca.» Esta

(1) *Monito* de 1849, pág. 68.

opinión, propagada por artículos de periódico, vulgarizada por las conversaciones de los centros políticos y de la calle, traducida por peticiones, adquirió en seguida una fuerza irresistible. Muchos diputados comprendían, sin atreverse á decirlo, que no podrían luchar con 19 votos contra 18. Grévy, nombrado ponente, era hostil al proyecto. El 10 de enero, en medio del silencio universal, subió á la tribuna y leyó su trabajo. «El artículo 115 de la Constitución, dijo, impone á la Asamblea el deber de hacer las leyes orgánicas: ésta faltaría



El vizconde de Persigny

tra la corriente. En esto, un representante de la derecha, el Sr. Rateau, se encargó de decir en voz alta lo que muchos de sus colegas empezaban á pensar por lo bajo. Presentó á la Asamblea una proposición fijando para el 4 de marzo las próximas elecciones y para el 19 del mismo mes la reunión de la nueva Cámara.

La proposición fué acogida con murmullos. Enviada á las comisiones de legislación y de justicia, suscitó las más vivas objeciones. En la comisión de justicia hubo empate; la de legislación tomola en consideración por

á su misión si se separase antes de haberlas votado; y no sólo faltaría á su misión, sino que además violaría la Constitución salida de sus manos. En vano es que se invoque el voto del país, la elección del 10 de diciembre, la pretendida hostilidad entre el Palacio Borbón y el Eliseo. Todo eso son pretextos imaginados por los enemigos de la libertad. La representación nacional no debe dejarse influir por esos clamores, sino que debe continuar valerosamente su tarea hasta concluirlos. Así habló Grévy en un dictamen conciso, substancial, algo